



Por Antonio Rivera G.

ESTE poeta chiapaneco, muerto prematuramente para su gloria y para el prestigio literario de Chiapas, es generalmente celebrado por los amantes de las bellas letras de las tres Américas, pues su obra breve y luminosa ha recorrido la distancia que separa al artista del público, en alas del entusiasmo y la admiración más espontáneos. ¿Cuál ha sido el instrumento en que los versos de Figueroa han cantado el excelso nombre de Chiapas? El periódico por lo general, la hoja humilde é incorrecta, muerta apenas nacida, olvidada al instante de satisfecha la curiosidad del lector; y sin embargo—prueba del mérito intrínseco de la obra—ella perdura y se dilata, á través del tiempo y de las modas literarias, sin que pierda un átomo de su fragante sencillez ni de su fresco encanto.

En Ciudad Juárez, no obstante, se hizo una edición de los versos á que me estoy refiriendo; y es á propósito de esa colección que voy á decir lo que definitivamente pienso de mi distinguido compatriota.

Cuando tuve noticia del intento, escribí y publiqué lo que sigue:

“Los hermanos Escobar de Ciudad Juárez, darán próximamente á luz, en correcta edición, los sentidos versos del bardo chiapaneco Rodolfo Figueroa, tan prematuramente arrebatado á las letras, por traidora y cruel enfermedad. Chiapas había tenido ya historiadores y diplomáticos como Larrainzar, novelistas como Rabasa, patriotas

como Corzo y Gutiérrez, filántropos como Fray Víctor María Flores, humanistas como Fray Matías Córdova, autor de la famosa fábula *La tentativa del León* y *El éxito de su empresa*, sabios y virtuosos como el Obispo García y el P. Guillén; pero sólo con Figueroa tuvo un cantor genuinamente nacional. Era el bardo de Zintalapa, lo que se llama un poeta regionalista; pintor del paisaje local, devoto de las costumbres y tradiciones de su pueblo, intérprete de la Naturaleza virgen y exhuberante. Por eso Figueroa es tan popular en Chiapas; que no hay nada que entusiasme tanto á las multitudes, que las lleve hasta el delirio y las subyugue, como ver su propio retrato en la obra del artista. Reconocer lo que tienen tantas veces visto; sentir sus mismas pasiones, contemplar sus cuadros predilectos. Seguir el toro salvaje á través de las llanadas y los bosques, soberbio de fuerza y de libertad; oír el ritmo extraño de la marimba, donde parece que solloza el alma enferma de una raza vencida; admirar, tendidos sobre la hamaca, una puesta del sol tras los montes lejanos y enhiestos, en grupo de familia, al pie de algún

misericordioso tamarindo,
verde lira de los bosques surianos,
camarín de los zenzontles y los mirlos,

que dijo otro poeta regionalista de gran talento é inspiración; por último, llorar en “El Olvido”, poema sencillo y hermoso, con descripciones magníficas; donde parece que